

Un hombre y una misión

Michael Shifter

El 11 de setiembre del año pasado Estados Unidos perdió, quizá para siempre, su sentido de inocencia, seguridad e invulnerabilidad. Sin embargo, su especial talento para la publicidad, la comercialización y el gran espectáculo sigue intacto. En ese aspecto, así como en varios otros, los Estados Unidos no tienen rival en el mundo de hoy.

Por cierto, la conmemoración de los horrendos ataques estuvo también acompañada de momentos bienvenidos de profunda reflexión y autoanálisis. Aparte de la eterna pregunta —"¿por qué nos odian?"—, muchos en los Estados Unidos se han estado preguntando cómo podrían asegurarse de que una tragedia de tan grandes proporciones no se repita nunca más.

A pesar de que las respuestas varían a lo largo y ancho de los Estados Unidos, la de George W. Bush ha sido inequívocamente clara. En efecto, el 11 de setiembre Bush encontró la razón para ser presidente; ese día se convirtió en un hombre con una misión. La misión es combatir el mal en el mundo, encarnado en aquellos que usaron el terror contra los Estados Unidos. Bush, no

precisamente conocido por su sutileza aun antes del 11 de setiembre, ha visto al mundo crecientemente en términos simplistas de "bueno *versus* malo". El ver la vida como un relato moral ha sido algo común en la historia norteamericana, pero el 11 de setiembre sin duda hizo que esta tendencia resurgiera de manera notablemente aguda.

El ver la vida como un relato moral ha sido algo común en la historia norteamericana, pero el 11 de setiembre sin duda hizo que esta tendencia resurgiera de manera notablemente aguda.

El conocido discurso "o estás con nosotros o contra nosotros" ha dominado la política exterior norteamericana desde el año pasado. La memorable frase de Bush "el eje del mal", invocada durante su última Declaración sobre el Estado de la Unión en enero pasado, refleja muy bien este concepto. La guerra o campaña contra el terrorismo ha llenado el vacío dejado por la Guerra Fría.

Bush, quien manifiesta bastante menor sensibilidad hacia sus aliados que su padre, parece haberse desviado marcadamen-

te del tono y espíritu de su mensaje durante la campaña presidencial del 2000: "Nuestra nación se encuentra sola en estos momentos en el mundo en términos de poder. Y es por ello que debemos ser humildes y, al mismo tiempo, proyectar nuestra fortaleza en forma tal que se promueva la libertad... Si somos una nación arrogante, ellos nos mirarán de esa manera; pero si somos una nación humilde, ellos nos respetarán". Muy pocos en el

mundo asociarían fácilmente esas declaraciones con Bush, quien hoy es considerado por muchos como un matón.

Hace un año, inmediatamente después de los ataques en Nueva York y Washington, recordé en otro artículo la adecuada distinción que hizo George Orwell entre patriotismo y nacionalismo. En un ensayo de 1945, Orwell escri-

Michael Shifter es vicepresidente de Política del Diálogo Interamericano.



bió: "El nacionalismo no debe ser confundido con el patriotismo... Con 'patriotismo' yo me refiero a una devoción a un lugar en particular y a un estilo de vida en particular, el que uno cree es el mejor en el mundo pero que uno no pretende imponer por la fuerza sobre otras personas. El nacionalismo, por el contrario, es inseparable del deseo de poder".

Varios amigos latinoamericanos percibieron este fervor nacionalista el 4 de julio pasado. (Yo no me encontraba en el país en esa ocasión, pues estaba de visita en Colombia. Dadas las advertencias sobre posibles ataques terroristas en Washington ese día, pensé que sería más seguro estar en Colombia.)

Anteriormente estos amigos habían observado, sentido y hasta admirado este sentido de patriotismo en los Estados

Unidos. Pero se sintieron mucho menos complacidos con el sentimiento nacionalista que esta vez percibieron.

La expresión más dramática de tal nacionalismo puede ser encontrada en las amenazas contra Irak. A pesar de que, según toda la información disponible, Saddam Hussein no tuvo nada que ver con los ataques del 11 de setiembre, ese punto de quiebre ha dado un pretexto a muchos miembros de la línea dura que creen que Estados Unidos debería haber "terminado el trabajo" en la Guerra del Golfo en 1991. Los "halcones" sobre Irak están divididos en dos campos: los "realistas" más tradicionales, preocupados por cuestiones geopolíticas y económicas (como el vicepresidente Cheney y el secretario de Defensa Rumsfeld), y los neoconservadores. El equivalente desde el lado de la política interna norteamericana de esta posi-

ción puede ser observado en las declaraciones y acciones del procurador general John Ashcroft, cuyas decisiones en cuestiones relacionadas con las libertades civiles han alarmado inclusive a muchos conservadores, su base de apoyo.

Efectivamente, lo sorprendente es que el "debate" con respecto a cuestiones relacionadas con el 11 de setiembre se está dando principalmente entre conservadores. La "paloma" líder en la administración, abrazado por la "izquierda", es el secretario de Estado Colin Powell. Powell, junto con otros "generales" como Scowcroft, Schwarzkopf y Zinni, están firmemente opuestos a cualquier acción militar contra Irak. Con un aún querido Bush gozando de la popularidad de un presidente en "tiempos de guerra", los demócratas están siendo muy cautelosos.

Aun con todas las razones para estar preocupados por el clima prevaleciente y la dirección de la política exterior norteamericana, hoy en día aparecen, un año después de los ataques, algunos signos alentadores. Serios cuestionamientos se están haciendo progresivamente —en los medios, las cortes y aun en el Congreso—. Después de todo, el sistema de chequeos y balances funciona, aunque con retraso y ciertamente de manera imperfecta. Además de consideraciones de tipo ético, hay un sentido creciente respecto de que los Estados Unidos no pueden arriesgarse a perder a sus amigos y aliados. Eso no solo sería indecoroso, sino desesperanzadoramente miope. La "claridad moral" está bien, pero al final no provee suficiente dirección en un mundo moralmente ambiguo.

A pesar de esto, Estados Unidos aún tiene un largo camino por recorrer antes de estar preparado para atender el sabio consejo de Stanley Hoffman a la luz de los ataques del 11 de setiembre: "Si queremos limitar la apelación al terrorismo, debemos mantener nuestros ojos y oídos atentos a las condiciones en el exterior, revisar nuestras percepciones sobre nosotros mismos y cambiar nuestra imagen del mundo con nuestras acciones". Por supuesto, siempre existe el riesgo de que el mundo pronto comience a enviar un mensaje a los Estados Unidos que suene bastante conocido: "O están con nosotros o contra nosotros". ▲